

LA CRUZ DE JESÚS Y LAS EXPERIENCIAS HUMANAS DOLOROSAS

Durante demasiado tiempo se ha aceptado que los sufrimientos y la muerte los envía Dios, y que ante esto la actitud correcta ha de ser la aceptación y la pasividad. Pero el Dios de Jesús no es un sádico que provoca el dolor y la muerte. Al contrario, quien lucha contra el dolor y la muerte para sí mismo y para los demás está al lado de Jesús y sigue la voluntad de Dios, ya que Dios ama la vida. Sólo sobre esta base es posible relacionar interiormente las propias experiencias dolorosas con el camino de la pasión de Jesús.

Das Kreuz Jesu und die Leiderfahrungen von Menschen, Diakonia 38 (2007) 91-97.

Las experiencias dolorosas de los hombres culminan en las experiencias del fallecimiento y de la muerte. En la teología cristiana, normalmente, se relacionan con el pecado y la culpa de la humanidad, como hace por ejemplo Pablo. Sufrimiento, fallecimiento, muerte... ¿a causa de una disposición penal de Dios contra "Adán"? Conviene no olvidar que la Biblia ofrece otras referencias que permiten una perspectiva diferente.

Un estudio teológico reciente de la Biblia da a entender que, en el principio de los tiempos, tal como lo contempla el Génesis, junto al Dios creador están también los poderes siniestros del caos que traen la muerte. Las escrituras no dicen ni una palabra sobre su origen. El Dios creador, creando la luz, les va marcando sus límites, pero sin derrotarlos. El libro de la Sabiduría proclama expresamente

que Dios no ha creado la muerte; la muerte ha entrado en el mundo a causa de la envidia del diablo. La figura mitológica del diablo es descrita aquí como "el reino de la muerte". Fácilmente encontramos en todos los estratos bíblicos (especialmente en los salmos) pasajes que dan testimonio de la lucha dramática, en la creación y la historia, entre un Dios creador partidario de la vida y los poderes de la muerte enemigos de Dios. Solamente al final de la historia tendrá lugar la victoria definitiva de Dios: "el último enemigo en ser destruido será la Muerte" (1 Co 15,26).

¿Por qué no ha podido el Dios creador dominar estos poderes?

Nos centraremos en el sufrimiento de la criatura humana. Si el principio es correcto, empezan-

do por el buen Dios creador y su lucha contra los poderes adversos, entonces sería incorrecto atribuir a Dios la tortura activa de la humanidad con el añadido del dolor, el sufrimiento y la muerte. La naturaleza del hombre es el lugar preferido donde infestan estos poderes. Están enraizados en la naturaleza síquica del hombre, engendrando agresiones que crean el sufrimiento y la muerte, barbaridades, violencia y abuso de la libertad. Se encuentran en su naturaleza física, impidiendo muchas veces que la vida termine de forma esperanzadora, a una edad avanzada, vivida plenamente, y consiguen truncarla de una manera cruel, por ejemplo, a causa de graves enfermedades.

Queda sin responder un problema religioso-teológico: ¿por qué el Dios creador todopoderoso no ha podido dominar a estos poderes? ¿Ha dejado la mayor parte de la lucha contra el sufrimiento y la muerte a los esfuerzos y la inteligencia de los hombres que, con los medios que invierten en armamento y en guerras perversas, podrían vencer el hambre y muchas enfermedades, de la misma manera que son capaces de pronosticar los terremotos y los tsunamis?

La lucha de Jesús y la victoria de Dios

La predicación y la práctica de Jesús pueden ser interpretadas como lucha contra los poderes de la

muerte contrarios a Dios, especialmente contra sus agresiones a la naturaleza humana. Tanto si se trata del anuncio del Dios que ama la vida y los hombres, como si se trata de acentuar la responsabilidad ética del hombre o del sermón de la montaña, con sus apelaciones a derogar los comportamientos que traen la destrucción, en todas partes encontramos este aspecto de su lucha. Si se tiene esto en cuenta, no estamos ante una “reducción horizontal” de la persona y de la actuación de Jesús, sino ante la acentuación de un aspecto totalmente esencial de la misión encomendada por su Padre.

Los evangelistas relatan sus expulsiones de espíritus malignos, sus curaciones e incluso revivificaciones. Se entienda como se entienda exegéticamente esta praxis en cada caso, de una cosa no se puede dudar: si atribuimos las enfermedades y la muerte a un obrar activo de su Padre, que castigaría o pondría a prueba a los hombres con dolor y enfermedades, o que practicaría incluso la muerte rápida como la ejecución, entonces Jesús habría actuado siempre en contra de la voluntad de este Padre. En realidad, con su praxis está plenamente al lado de su Padre, que no se alegra de la muerte de un ser vivo (Sb 1,13).

Su enseñanza y su práctica han llevado a Jesús a la muerte. La muerte no lo ha atrapado de repente, no le ha “sucedido”. Jesús se ha mantenido firme, de forma consecuente y hasta el final, en su mensaje del Dios que ama la vida. In-

cluso ha “encarnado” en persona a este Dios. Ha encolerizado a los poderes de la muerte representados por la fuerza militar de los admiradores romanos del César y por la jerarquía religiosa de los que adoran el dinero.

El sentido de su muerte: no desesperación, sino confianza

Quien sostiene que Jesús celebró entre los más íntimos una cena para despedirse de ellos, y que ésta se diferenció de todas las otras cenas, está convencido de que Jesús sabía de su muerte violenta y que él mismo interpretaba el sentido de esta muerte: así como su vida había sido una vida para “los demás”, del mismo modo, su muerte debería beneficiar a los demás, “los muchos”. ¿Cómo?

No nos ayuda echar mano precipitadamente del motivo de la expiación, ya que suscita preguntas más complicadas sobre quién ha exigido expiación y para qué y a quién se pagó el precio del rescate. Preguntas que, en definitiva, se centran en la peculiaridad del Dios de Jesús. Por ejemplo, el padre misericordioso (Lc 15) no le ha exigido ninguna prueba de penitencia o expiación al hijo arrepentido. Cómo se relaciona esta predicación de Jesús con lo que dice Pablo es un problema que aquí no podemos resolver. De todas formas, también para Pablo la iniciativa de una relación conciliadora de Dios

para con los hombres viene del Padre (Rm 3,25).

Si la muerte de Jesús tenía que beneficiar, según su propia y expresa voluntad, “a los muchos”, ahí radica el testimonio de una confianza extrema en Dios, también en el trance de la muerte, y de una fe “a pesar de todo” en el Padre. Lo último que a él, deshonrado y torturado, le quedaba, su propia vida, la depositó lleno de confianza en las manos del Padre. Fue un acto de obediencia respecto a la misión que le había encomendado el Padre. Algunos tratados teológicos acerca de la muerte de Jesús se concentran en el testimonio de que Jesús en la cruz expresó su abandono por parte de Dios recitando el salmo 22 (Mc 15,34). Jesús, al final, perdió la esperanza en el Padre. Quien se limita a identificar a Jesús con Dios es capaz de afirmar que, en la cruz, Dios fue abandonado por Dios mismo.

Considerado el mejor experto en la exégesis de los salmos, Erich Zenger defiende una visión totalmente distinta: “Quien reza este salmo con el corazón es arrastrado a un camino de oración que le conduce, de la sufrida lejanía de Dios a la proximidad vivida plenamente con Dios.” Y añade: “la lamentación de Jesús no es un grito producido por la desesperación sino por una confianza que no claudica aunque todo parece indicar lo contrario.” Hay que rezar el salmo entero para descubrir la confianza profunda en el Dios salvador. No existe ninguna situación de vida o

muerte en la que el hombre sea abandonado por Dios: es aquel “efecto benéfico” de su muerte, que Jesús ha tenido presente ante su propia muerte. Confirmado por el Padre salvador, ha recorrido -y ha abierto a los demás- el camino absolutamente seguro que conduce a Dios, finalidad última de toda vida. No torturado por el Padre sino, más bien, por los hombres, consecuente “hasta la muerte en la cruz”, fiel a su vida y a su misión.

El signo de la cruz

La cruz es, en primer lugar, un símbolo de la victoria de los poderes de la muerte, enemigos de Dios. Para no ser malentendida, necesita de una interpretación. Mediante su Espíritu Santo, Dios ha salvado a Jesús de la muerte y lo ha acogido en su gloria. Éste es, desde los inicios, el credo central cristiano. No obstante, Dios no sólo le ha salvado a él de la muerte, tal y como Jesús lo ha testimoniado. Su Dios no es sólo un Dios de la afirmación y la alegría de la vida sino que es, en concreto, un Dios de los que están vivos. El NT los menciona: Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y Elías. La resurrección de los muertos aún no es la victoria definitiva de Dios sobre los poderes de la muerte (1 Co 15,26), pero representa una victoria esencial que anima a todos los que todavía están en la sombra de la muerte. Como consecuencia de haber salvado a Jesús de la muerte, mostrando así

Dios su poder ante testigos, la cruz de Jesús es también un signo de victoria.

Cruz y salvación

El acontecimiento salvífico del sufrimiento y la muerte de Jesús se describe de muchas maneras en el NT sobre todo mediante expresiones como rescatar y salvar. Pero en ningún lugar se nos ofrecen los elementos para una definición clara del significado de “salvación”. Y esto vale también para la doctrina de la iglesia, que presupone que todo el mundo sabe qué quiere decir “salvación”.

El “paralelismo” de Pablo entre “Adán” y Jesús (Rm 5) ha tenido gran influencia sobre el lenguaje de la liturgia. Pablo presenta casi de una manera personificada el pecado y la muerte como poderes malignos gigantescos que han dominado al hombre hasta la venida de Jesús y que ahora han sido vencidos por él. Pero cuando se intenta verificar esta idea, se necesitan muchas interpretaciones para evitar malentendidos. Sin duda hay que descartar la opinión, que roza el cinismo, de que Jesús hubiera superado “de una vez por todas”, a través de su sufrimiento vicario, no sólo los pecados de antaño, sino también los pecados del futuro. La afirmación, que encontramos esporádicamente, de que también los crímenes de Auschwitz han sido perdonados de antemano es, más bien, una tentación “protestante”

En cambio, en el ámbito católico, ha tenido muchas consecuencias la enigmática afirmación de Col 1, 24: “ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su cuerpo, que es la Iglesia”. Aquí el sufrimiento de Jesús es visto como “insuficiente”. Y de ahí el origen de muchas autotorturas físicas y psíquicas, a veces indescriptibles, en “almas piadosas” inestables. Cualquier sufrimiento propio y arbitrario podría ser malentendido como participación en la cruz de Cristo. O también ha sido malinterpretada como participación en la cruz de Cristo la aceptación libre de los sufrimientos por parte de las personas que pasan hambre y sufren represión, o de las mujeres que sufren bajo la brutalidad de los hombres.

A pesar de estos malentendidos, con el sufrimiento y la cruz de Jesús nada ha cambiado en la situación de la humanidad enredada en la culpa. Y parece una acrobacia verbal la explicación teológica que se daba anteriormente, según la cual la salvación del pecado se ha realizado “objetivamente” en Cristo, pero ha de ser ratificada por el individuo mismo mediante la penitencia “subjetiva”.

También respecto a la afirmación de que la muerte ha sido aniquilada mediante la muerte de Jesús había diferentes interpretaciones. Así se distinguía la muerte biológica de la muerte en sentido figu-

rado, como ruptura de la relación con Dios, que era restablecida mediante el sufrimiento de Jesús y de su muerte. En el fondo, subyacía la afirmación de que la humanidad precristiana, ante Dios y para Dios, estaba perdida. También la humanidad no cristiana posterior ha sido involucrada parcialmente en este pesimismo. Sin embargo, Pablo se refería a la muerte biológica y las escrituras, cuando hacen referencia a la muerte en sentido figurado, añaden interpretaciones clarificadoras, hablando, por ejemplo, de una “segunda muerte”.

Resumiendo, sin violentar los hechos empíricos, no se puede entender por salvación simple y llanamente la liberación del pecado y de la muerte. ¿Qué queda entonces de la salvación? Una respuesta segura partirá de la siguiente afirmación: por una parte, el hecho de mantenerse en una fe que confía ilimitadamente en Dios, cuando se da el sufrimiento y la cruz, como *acción* de Jesús, como apertura del camino definitivo hacia Dios; y, por otra, el hecho de salvar a Jesús de la muerte como *acción* confirmadora del Padre liberan al hombre creyente de la desesperación. La esperanza más allá de la muerte es el don de la salvación.

La cruz en las experiencias dolorosas de los hombres

No se pueden atribuir las experiencias dolorosas concretas de los hombres a un Dios creador de su-

frimiento. No han de ser interpretadas como una cruz enviada por Dios. Lo que permanece como una acusación frente a Dios es la pregunta del por qué ante la “inacción” y el silencio de Dios, pregunta hasta ahora sin respuesta. La persona creyente, que está convencida de que el Dios de Jesús ni ha creado el sufrimiento ni está a su favor, se sabe llamada y estimulada a la resistencia y a la protesta contra el sufrimiento. Sabe que está al lado del Dios que ama la vida en la lucha contra los poderes de la muerte, enemigos de Dios y de la vida.

Las experiencias del sufrimiento tienen un espectro tan amplio que aquí solamente podemos dar unos pocos ejemplos concretos: la lucha y la protesta contra cualquier forma de opresión y deshonra de las personas, contra toda manifestación de injusticia, el combate contra el saqueo y la destrucción de la creación, la lucha contra el mal uso de la creación, la lucha contra cualquier forma de enfermedad, siempre que exista capacidad para ello. Un hombre que experimenta un sufrimiento radical, en su cuerpo o en su alma, o en ambos, lógicamente podrá comprender su situación como una cruz. Pues la misma situación pone en cuestión su fe, su confianza en Dios y con ello se cuestiona si y cómo puede y quiere soportar esta situación dolorosa con una fe “a pesar de”. Si se defiende con todas sus fuerzas contra el sufrimiento, entonces no se rebela contra Dios

sino que está más bien al lado de Dios y de Jesús. Dios no libera a sus hijos de esta situación de la cruz, pero tampoco la provoca como si fuera un sádico torturador.

Invitación a luchar contra los poderes de la muerte

La advertencia de que no le ha sido ahorrada a Jesús esta situación de cruz y de que también la fe de Jesús fue cuestionada no puede ser usada como consuelo de los hombres que sufren. Y esto, en la práctica eclesial, ha pasado innumerables veces. No se ha entendido el “seguimiento” de Jesús como una llamada a la rebelión contra los poderes de la muerte, sino que, más bien, se ha alentado a los que sufren a aceptar el sufrimiento. Muchas veces se ha comparado con Jesús a la oveja de Is 53,7 que, camino del matadero, permanece silenciosa y se ha recomendado su imitación. Pero seguimiento no es simplemente imitación. Los hombres que sienten la presión de tener que buscar e imitar el sufrimiento y la cruz de Jesús en su vida se imponen a menudo terribles deformaciones. O bien se niegan cualquier alegría de la vida, aquel goce de los dones recibidos de las manos de Dios, interpretándolo como una traición a la cruz; o bien se alegran de cualquier “sacrificio” que ofrecen, de cada dolor que les abate, ya que así les es posible imitar el sufrimiento de Jesús en la cruz. No pocas veces es-

ta actitud viene acompañada de un sentimiento de desprecio de los que no piensan ni viven tan “perfectamente” como ellos mismos. Los evangelios retratan a Jesús como un hombre que dignifica positivamente la creación, por ejemplo, el vino, y que no riñe ni desprecia a los que lo invitan a comer con ellos. Más bien censura enérgicamente a los que juzgan a los demás. Y en su tiempo (¿solamente en su tiempo?) éstos no son los paganos, sino los muy especialmente “piadosos”.

Las experiencias dolorosas de las personas apuntan a la muerte. Cada muerte tiene su propio carácter y no se puede generalizar. Mientras el enfermo siga con esperanza y esté apoyado por el médico o un enfermero, debe movilizar todas las energías posibles en la lucha contra esta situación, contra el sufrimiento y el dolor. Debe rechazar todos los discursos que quieren consolarlo, todas las tentaciones que le inducen a la aceptación pasiva de lo que le está pasando. Conocemos estos discursos a-teos, que vienen a decir que Dios le ha enviado sufrimientos y dolores y tiene que aceptarlos. La confianza en el Dios que ama la vida ayuda a la autoestima del enfermo, a menudo dañada. Le ayuda a reconciliarse con su entorno, a poner fin a las discusiones que le han marcado. En el mejor de los casos, contribuye a un estado de alegría

sosegada, una alegría “a pesar de”. La fe en el Dios de la revelación bíblica le dice que este Dios no quiere la victoria de los poderes de la muerte ni se alegra de la enfermedad y del dolor, y que Jesús, el hijo de Dios, está a su lado en la lucha contra los poderes de la muerte.

En casos de enfermedades muy graves o accidentes, se inicia un proceso negativo, irreversible. A menudo los enfermos lo perciben antes de que se les diga la verdad. En esta situación, los pensamientos del creyente se suelen dirigir hacia la cruz, el sufrimiento y la muerte de Jesús, mientras su estado físico y psíquico se lo permite. ¿Por qué no crear paralelismos entre la situación de Jesús y la suya propia? Jesús tuvo que “dejar atrás”, tuvo que “entregar”, no posesiones ni riquezas, sino discípulas y discípulos, es decir, unas relaciones humanas importantes. Tuvo que dejar su tarea, la misión de ir de pueblo en pueblo para anunciar la buena nueva y con esto su autorrealización “profesional”. Su dignidad humana fue reducida a la nada. Al final, sólo le quedaban sus lamentaciones y su confianza en el Dios salvador. Si la persona que se está muriendo puede compartir las situaciones que sufrió Jesús, ¿por qué no podría esto ser caracterizado como participación en la cruz de Jesús?

Tradujo y condensó: ANNE FUNKEN